

Ocho días después de esta deliciosa fiesta, cuyo recuerdo le avergonzaba un poco, el estudiante novel había ya hecho sus costumbres. Naturalmente laborioso, seguía con asiduidad el curso en la escuela de derecho y hasta pasaba algunas horas estudiando en su cuarto. Las noches las dedicaba á sus nuevos amigos, aunque no tardó en encontrarlos fastidiosos y de mediana inteligencia.

Después de comer, los normandos le llevaban al consabido café en el que todos ellos tenían una pipa en el piperó y donde pasaban el tiempo en conversaciones bajas y triviales, en las que se trataba siempre de la fortuna conocida ó supuesta de la gente de su país. Calculaban lo que podría producir la notaría de tal localidad ó el cargo de procurador en tal otra, y se preocupaban de los

dotes que tendrían ocasión de pescar, con el tiempo, para establecerse. Aburrido y un poco disgustado por estas pláticas vulgares, Cristián se sumía en un silencio estúpido, pero permanecía allí, sin embargo, por pereza, arrellanado en la banqueta del café, al lado de Clarisa, que estaba entregada á los periódicos ilustrados mientras Mulot, su amante, jugaba su partida de billar. Así pasaba las horas vacías, pesadas, escuchando á Mulot, que exclamaba en medio del ruido de los dominós y rodeado de una espesa nube de tabaco : « ¡ Ah ! ¡ Demasiado fina !... ¡ Esta había que buscarla por el recodo !... ¡ Vaya una chamba, querido !... » etc., etc.

Los americanos, á quienes Cristián juzgó prontamente bullangueros y pretenciosos, le llevaron una ó dos veces á sus expediciones. Comían en casa de Foyot y acababan la noche en Bullier. El aspirante á doctor hizo conocimiento en este baile con una muchacha bastante bonita, á la que acompañó á su casa. Pero decía palabrotas de la más supina ordinariéz y horrorizó á su amante de una noche, confesándole con inocencia que, seis meses antes era moza de servicio en una casa de baños, de la que fué arrojada por sospechas de robo, y que sentía mucho no haber dado oídos al pedicuro, que le hacía el amor « con buen fin ».

Entonces Cristián se preguntó si fuera de aquel barrio Latino que tiene sus Columnas de Hércules en la plaza de Saint-Michel y al que la estatua del mariscal Ney sirve de último confín, no existiría otro París, más conforme con el ideal de los jóvenes que han leído á Balzac y no están enteramente faltos de imaginación. Pero ¿ cómo penetrar en el mundo superior en que viven aquellos jinetes que había visto en los *Champs-Elysées* caracoleando, la flor en el ojal, y saludando á las elegantes damas mecidas en ligeros carruajes? Para el pusilánime provinciano eran aquellas unas regiones impenetrables que le recordaban un viejo mapamundi descubierto por él en el granero de la casa paterna, y en el cual los territorios desconocidos estaban marcados con esta advertencia amenazadora: « *Hic sunt leones* ». Quiso, sin embargo, extender un poco el círculo de sus relaciones é hizo uso de las cartas de recomendación de su padre para algunos antiguos amigos, las cuales valieron al estudiante tres ó cuatro invitaciones en el mundo de la magistratura á unas graves veladas, notables por la fealdad de las mujeres y por la escasez de los refrescos. El joven provinciano volvió á encontrar en ellas, no sin espanto, las mismas fisonomías bajo cero y las corbatas congeladas que habían

helado toda su infancia. El magistrado de la Audiencia de París, « el digno señor Lherbager » como le llamaba Lescuyer padre, y que ofrecía el terrorífico aspecto de una cabeza de muerto con patillas blancas, invitó paternalmente á Cristián á una comida de familia, que fué tan alegre, poco más ó menos, como las comidas de campamento de la *Grande Armée* al lado de la Beresina.

En un vetusto piso de la isla de San Luis, en el que se hubiera dicho que aquel día se había abierto concurso de corrientes de aire, Cristián volvió á encontrar otra vez las costumbres de la más clásica provincia en la carne del cocido servida sobre un lecho de perejil y en las guindas en aguardiente del postre. Quedó consternado por el mutismo absoluto de la señora de Lherbager, cuyo vestido de seda no debía ocultar sino un esqueleto, y enseguida sintió una secreta antipatía hacia las caras socarronas de los dos hijos de la casa, quienes casi no levantaron los ojos del plato, hablaron con unción de las conferencias de un jesuíta de moda, en San Roque, é hicieron á Cristián todo el efecto de dos solemnes camanduleros.

Descorazonado por aquella desgraciada tentativa de sociedad y cansado de sus compañeros los normandos, que eran unos zopencos, y de sus

camaradas exóticos, que eran unos cursi, nuestro estudiante se aisló y se sumió en el trabajo durante algunos meses; pero se aburría soberanamente y con el corazón vacío y los sentidos embotados, paseaba bajo los castaños del Luxemburgo la misma melancolía y los mismos deseos que antaño, en Caén, bajo los olmos del paseo Caffarelli.

La primavera, esa primavera parisiense durante la cual las lilas de los jardines públicos exhalan sus prematuras fragancias, vino á aumentar aún la turbación física y moral del joven solitario, que se preguntaba con amargura para qué le servía aquella libertad tan deseada. Cansado del estudio, se entregó á interminables caminatas de desocupado y paseó su fastidio durante largas horas por los polvorientos alrededores de París.

Una tarde, á eso de las cuatro, de vuelta de una expedición hacia *Montrouge*, se agregó maquinalmente á un corro de gente que en la plaza del Observatorio se había formado al rededor de un hércules de feria.

Vestido con mallas grasientas, calzón de piel de tigre, unas pieles en los pies y un brazalet de cuero negro en el brazo derecho, aquel individuo — bastante hermoso animal — acababa de levantar un peso de cien kilos y le llevaba sobre

el brazo extendido, en torno de una alfombra vieja y al son de un organillo tísico que tosía los restos de una antigua polca.

De pronto, uno de los espectadores dijo, detrás de Cristián, en voz alta y alegre :

« ¡ Soberbios músculos los del antebrazo!... ¡ Ya le tengo!... ¡ Ya pesqué mi movimiento! »

Y el estudiante vió, al volverse, un buen muchacho, con sombrero blando de fieltro, americana manchada de arcillay hermosa barba y abundantes cabellos rojos que parecían relucir al sol.

« Pero ¡ Dios me perdone! exclamó enseguida el joven, ¡ es Cristián! ¡ Cómo! ¿ No te acuerdas de mí?... ¡ Donadieu!... ¡ Francisco Donadieu! ¡ Tu compañero de encierro, en Caén!... »

Ciertamente, Cristián le había reconocido y sintió una sacudida de júbilo en el corazón. Rápido como un relámpago, su pensamiento evocó el recuerdo de la única amistad de su infancia.

« ¡ Mi querido Francisco! » dijo tendiendo ambas manos á su antiguo compañero.

Pero éste le cogió bruscamente por el puño :

« ¡ Espera! Este hombre va otra vez á levantar el peso de doscientos... Dentro de un instante, querido Cristián, soy contigo... Pero, ¡ mira ese biceps, ese hombro!... ¡ Qué actitud! ¡ Precisa-

mente lo que necesito para mi *Hombre del Trofeo!*... ¡Bravo, hércules!... »

Y el artista, entusiasmado, se registró los bolsillos y echó un puñado de cuartos al saltimbanqui, que, después de su esfuerzo, se exhibía en posición académica, con la frente surcada por gruesas gotas de sudor, la nuca enrojecida y el pecho anheloso bajo la mal lavada mallade algodón.

« Señoras y caballeros; tengo el honor de daros las gracias. »

El espectáculo acabó. Donadiou cogió con calor del brazo á Cristián y le llevó consigo.

« ¡Qué dichosa casualidad!... El bueno de Cristián, el favorito de los profesores; el que quería hacer de mí un buen estudiante, un cultivador de raíces griegas... ¡Quia! No podía ser eso... He seguido el consejo de Gavarni: « ¿No sirves para nada? Hazte artista »... Sí, querido, soy escultor, discípulo de Carpeaux, y mi maestro, ¡un hombre altivo como él solo! fué el otro día á ver mi figura y exclamó: « ¡Pero si esto va muy bien, arrapiezo! » ¡Esto es lo que á uno le anima!... Pero, si seré estúpido... no hablo más que de mí... ¿Y tú, qué te haces? ¿Cómo es que estás en París?... »

— Por dos ó tres años por lo menos. Estoy estudiando el doctorado.

— ¡Magnífico! ¿Seremos compañeros como en otro tiempo? ¿Verdad?... ¿Estás libre esta noche?

— Absolutamente.

— Entoncés no nos separamos.

— Con mil amores.

— En primer lugar, vendrás conmigo á ver mi *Hombre del Trofeo*, mi obra maestra para la Exposición. Vivo á un cuarto de hora de aquí, en Plaisance, calle del *Terrier-aux-lapins*... ¡Diantre! chico; mi taller no es de los más espléndidos, y para pagar el alquiler y los modelos tiene uno á veces que trabajar para los comerciantes de bronces y hacer relojes y candelabros al gusto de los tenderos... Pero, ¡qué importa! Tengo un rincón donde trabajar... ¿Quién sabe? Acaso, andando el tiempo, haga el busto del jefe del Estado y dé comidas, con muchas trufas, servidas por unos zánganos de guante blanco... Esta mañana pensaba en esto mientras almorzaba mis veinte céntimos de queso de Italia... ¡Este Cristián! ¡Qué contento estoy por haberte encontrado!...

Ante aquella alegría de artista y aquel abandono en plena miseria, Cristián se acusó por lo bajo de sus vagas é injustificadas tristezas. Con mucho afecto interrogó al escultor y le hizo

contar su vida desde el momento de la separación.

Su existencia había sido cruel, sobre todo desde la muerte de su tía, la dueña del gabinete de lectura. Á los diez y siete años, el pobre alumno de la escuela de Bellas Artes se había encontrado en medio del arroyo sin otro recurso que la herencia de la buena mujer, horribles librotos, novelas grasientas por el contacto de los dedos de las cocineras y que él « pulía » á los libreros de viejo á medida que se lo exigían las más urgentes necesidades.

« ¡ Tiene gracia! ¿ Eh? decía el escultor riendo á carcajadas. He vivido de libros carcomidos durante más de seis meses. Con el producto de un Paul de Kock me vestía en el *Temple* de pies á cabeza. Todas mis prendas de vestir tenían un nombre, tomado del autor ó de la obra que me las habían proporcionado. De este modo he tenido un sombrero al que yo llamaba « mi marqués de Foudras, » y un par de zapatos claveteados que tenían por nombre « Los misterios de París ». Pero mi capital más sólido, mi fondo de reserva, eran las obras completas de Alejandro Dumas. No puedes imaginar los pancillos, las salchichas y los pedazos de queso que valen los *Mosqueteros* y el *Montecristo*. »

Los jóvenes llegaron, hablando, á la calle del

Terrier-aux-lapins, un callejón, entonces casi campestre, donde verdeaban las huertas á través de las puertas mal cerradas, y Cristián, á quien divertía el extraño aspecto de aquellos sitios, acababa de leer en una muestra « Casa de vacas; leche caliente mañana y noche », cuando Donadieu exclamó :

« Aquí es; hemos llegado ».

Entraron en un patio bastante grande, en el que su presencia espantó á unas cuantas gallinas y que olía á establo desde una legua. El artista abrió la puerta de una cuadra y dijo :

« Mi taller ».

Estaba enlosado y se percibía en él un persistente olor á pienso. En las paredes había aún algunos pesebres. Unos cuantos yesos sobre una tabla, tres sillas de paja, una estufa con largo tubo, la mesa para el modelo y, sobre un zócalo, una gran figura cubierta con lienzos mojados; tal era el atavío del estudio. La fría luz que caía del norte por una ancha claraboya realzaba la tristeza de aquel antro de miseria.

« ¡ Y aquí vives tú! » exclamó sin poderlo evitar el estudiante acomodado que siempre había tenido una alfombra en su cuarto.

« Y aquí duermo, contestó alegremente el artista, descubriendo un camaranchón oculto por

un biombó todo desgarrado. Ya te había dicho, joven capitalista, que no había aquí caobas macizas. Pero no me quejo, querido Cristián. Acabo de cobrar cien francos, que he ganado haciendo un par de candeleros para un broncista de la calle de Menilmontant; mañana tendré modelo y podré continuar mi figura, de la que el maestro está ya satisfecho... Y hasta te convidó á comer esta noche, señor Creso, con mi amante, que vendrá en seguida. Es sencillamente una modista, pero se parece á la *Querida del Ticiano*, que está en el salón cuadrado del museo; y como somos ambos pobres tenemos derecho de creer, sin fatuidad ¿verdad?, que nos amamos por nosotros mismos... Conque, querido, ejercer un arte que á uno le gusta, amar á una buena muchacha en la creencia de que es para siempre y ser joven, por añadidura, es toda la dicha que puede pedir un débil mortal, como decían los poetas del tiempo de Canova... Créeme; si vivo y llego, andando el tiempo, á ser un veterano del Instituto, con catarro y cascaca de loro, diré como los demás: « Aquellos eran los buenos tiempos ». Pero siéntate. Voy á desnudar mi *hombre* para que me digas qué te parece.

Rápidamente despojada de su envoltura por las

manos ágiles del artista, apareció la estatua de barro, de un gris reluciente y húmedo. Representaba un bárbaro, galo ó samnita, de desnudo torso y flotante cabellera, llevando en la mano, con expresión de frenética alegría, un pesado trofeo de águilas y de haces, despojo de los romanos vencidos.

Cristián se estremeció ante aquella obra potente, en la que palpitaba el entusiasmo de la victoria y que debía hacer célebre en una hora, cuando se abriese la Exposición de pinturas y esculturas de 1867, el nombre de Francisco Donadieu. Aquel único y magnífico objeto de arte, destacándose en medio del pobre taller, le iluminaba y borraba con su irradiación todos sus detalles de miseria, dándole algo de la severa belleza de un templo.

« ¡ Admirable! » dijo Cristián con sentida emoción.

Pero el escultor, de pie á pocos pasos de su estatua, la miraba fijamente, mudo y con una arruga de preocupación en la frente, mientras liaba un cigarrillo.

« ¡ Pues bien, no! murmuró por fin. No está mal mi obra, pero no es eso aún... Mi modelo no es bastante joven... Tendré que pedir una sesión al saltimbanqui... Este brazo resulta blanducho...

¿ Comprendes? Es preciso que todos los músculos griten victoria. »

En este momento entró sin llamar y con la sonrisa en los labios una hermosa muchacha de veinte años apenas, un poco gruesa para su edad, pero rubia como un sol y, á pesar de su pobre atavío, fresca como el ramo de alelías que llevaba en la mano.

« ¡ Mi compañera! dijo Donadiou, y la besó sin ambages en los dos carrillos. Eloísa, te presento á mi amigo Cristián. Nos hemos conocido en la época en que se crece y se llevan siempre cortos pantalones... Sabes, querida, he cobrado los cien francos en casa del broncista y os convidado á los dos á comer en el *restaurant del Molino*.

— ¡ Ah! magnífico, cielo mío, exclamó la hermosa joven con sonrisa encantadora, llena de alegría y de bondad. Adivinaremos los jeroglíficos de los platos de postres y tú encargarás una tarta de dulce... Pero, ante todo, toma, añadió, dando á su amante un paquete. Para que veas que me he acordado de ti.

« ¡ Preciosa corbata! Gracias, hija mía... »

Para ponérsela se quitó la americana.

« Tienes aún la manga descosida, dijo Eloísa, Trae, voy á cosértela.

Con presteza se quitó los guantes y el om-

brero, se sentó, cogió la aguja y mientras recosía la ropa y Donadiou volvía á colocar los lienzos mojados sobre la estatua, Cristián observaba con envidia aquella escena llena de bondad y de sencillez.

¡ Libres y bellos seres! Pobres, sí, pero dichosos á pesar de todo. ¡ Cómo sabían gozar de su juventud! ¡ Y cómo se amaban! Á cada momento se cruzaban sus miradas y sus fisonomías se animaban entonces con una sonrisa de confianza y de alegría.

Fueron los tres al *restaurant* del Molino, que era un merendero con emparrados y columpios, cerca de las fortificaciones. Después del café, los dos amigos hablaron alegre y largamente de sus recuerdos del colegio y ya era muy tarde cuando Cristián se separó de la amable pareja en la puerta de la casa de la muchacha. Después se fué á acostar, solo y repentinamente entristecido, encantado por su encuentro con Francisco, pero deseando hallar también una muchacha que le amase como Eloísa amaba á « su cielo ».

Á los dos días el estudiante devolvió la fineza, al escultor y le llevó á comer á casa de Magny con la joven, modesta muchacha del pueblo que se sintió acometida de respetuosa admiración por los terciopelos y los dorados del *restaurant* y

que conoció por primera vez en su vida las chuletas á la milanese.

Cristián tomó la costumbre de visitar todos los días el estudio de la calle del *Terrier-aux-lapins*, al que le atraía un cierto encanto de bohemio, de fruto prohibido, y al que le complacía llevar sus turbaciones y sus curiosidades de joven casto, excitadas en aquel pobre rincón por los resplandores del arte y del amor.

Un día, después que se marchó el hércules de feria que servía á la sazón de modelo á Donadiou para el *Hombre del trofeo*, Cristián, solo ya con el artista, que meditaba ante su estatua, dijo de repente, con la brusquedad de los tímidos :

« ¡ Qué dichoso eres, amigo mío, por haber encontrado una querida tan encantadora !... Dime, ¿ se puede saber si has sido tú su primer amante ? »

El escultor se encogió de hombros y, dando la última mano á su obra, respondió vivamente :

« ¿ Por quién me tomas ? ¿ Por un seductor de hijas de familia ? ¡ Pardié ! No estoy en el caso de predicar moralidad á nadie, pero las doncellas, amigo, son para mí cosa sagrada ! Eloísa me ha contado llorando su pasado de miserias. ¡ No tiene nada de agradable, créelo, lo que sucede en las casas de los obreros !... Yo trato ahora de

hacer olvidar su horrible infancia á esa pobre criatura, ya que tiene por compañero un hombre que la quiere y al cual ella hace bien de amar... Es cuanto puedo decirte.

— ¿ Son muy serias, entonces, vuestras relaciones ? murmuró Cristián, con cierta prudencia.

— ¡ Quién sabe ! replicó el artista. Somos muy pobres ambos para pensar en el porvenir... El día en que yo tenga bastante dinero junto para comprar muebles y alquilar un cuartito, viviremos como marido y mujer, y la cosa podría muy bien acabar por una excursión á la iglesia... ¿ Por qué no, después que nos hayamos paseado del brazo durante algunos años ?

Aquella carencia de prejuicios, aquella amplia y generosa manera de comprender la vida impresionó á Cristián. Sin embargo, toda su educación y una cierta delicadeza natural protestaban en el fondo de su alma. Por un efecto rápido de imaginación se vió al lado de una querida cuyo corazón había experimentado por largo tiempo... Pero enseguida se le apareció la imagen de su padre, del terrible señor Lescuyer ; el viejo magistrado acudía, con las cejas erizadas y temblando de cólera, arrojaba á la intrusa, á la concubina, y ordenaba la separación.

Conmóvido por un escalofrío de terror y presin-

tiendo que en una situación como aquella cedería y obedecería á su padre sin resistencia, Cristián respondió por fin al « ¿ por qué no ? » de Donadiou :

« Sí, pero tú eres libre; tú no tienes familia. »

Y aquel día Cristián Lescuyer, á pesar de los deseos que le devoraban, entró en su casa reconquistado por la cordura provinciana y horrorizado ante el pensamiento de echarse una querida.

Ocho días después, tenía una.

VI

El encuentro se verificó del modo más vulgar.

Una noche Cristián Lescuyer acompañó á los normandos á su café y en el momento en que Mulot acababa de hacer un magnífico pasabola, se presentó su querida, la gran Clarisa, con una amiga.

¿ Bonita ? No para todo el mundo y mucho menos para aquellos jóvenes palurdos mal devastados, á quienes gustaba encontrar en las mejillas de sus amigas los colores de la manzana. Pero Cristián quedó repentinamente prendado de aquella morenilla de fino perfil, cutis pálido, peinada modestamente y que tenía con su vestido negro algo de golondrina.

Mientras Mulot, que estaba de vena, realizaba una serie de recodos y de retrocesos, Cristián ofreció un refresco á las jóvenes y les hizo galantemente compañía.